



La puerta sin nombre

Cuando despertó, la esfera seguía en silencio. No brillaba, no latía. Era solo una pieza de cristal opaco sobre un pedestal, muda como el resto del mundo enterrado.

Sira recogió sus cosas con lentitud. A pesar del descanso, el cuerpo le dolía. No por el suelo duro, ni por el peso de la mochila, sino por la tensión continua. Aquella sensación sorda de estar en un lugar donde nada debería estar en pie.

Se dirigió a la compuerta.

Esta vez no dudó. Examinó el borde de la espiral, buscó la hendidura que activaba el mecanismo y la presionó con el mismo cuidado quirúrgico que usaba para tallar puntas de flecha. Un chasquido, casi idéntico al anterior, resonó. La compuerta tembló levemente... y se abrió hacia dentro.

El nuevo pasadizo era más frío.

No solo en temperatura, sino en espíritu. La piedra había sido sustituida por un revestimiento liso, grisáceo, cubierto de marcas verticales, como si hubiera sido arrastrado por garras enormes o maquinaria oxidada. En el aire flotaba un olor metálico, mezclado con algo más tenue, parecido al ozono o al polvo de hueso antiguo.

Avanzó en silencio.

A los diez metros, el pasillo desembocaba en una sala rectangular. Alta, como una nave sin techo, pero totalmente encerrada. Las paredes estaban cubiertas de filas de nichos, no tan distintos de los estantes de una biblioteca olvidada. Pero no contenían libros.

Sira se acercó a uno de ellos.

Dentro, colocados con precisión casi ceremonial, había pequeños cilindros de piedra, todos con una espiral grabada y una ranura lateral. No sabía qué eran. ¿Almacenamiento? ¿Herramientas? ¿Símbolos funerarios? Todos estaban dispuestos en diagonal, apuntando hacia el oeste.

Tomó uno con cuidado.

Era más pesado de lo que parecía. Al agitarlo, escuchó un leve sonido dentro, como canicas o polvo fino deslizándose. No lo forzó. Lo dejó en su sitio.

La sala no terminaba allí.

Al fondo, semioculta tras un panel semitransparente, había otra cámara. Más pequeña. Allí encontró algo que congeló su paso.

Un zurrón de cuero, reseco pero reconocible.

No era como los materiales de aquel mundo subterráneo. Era hecho a mano, con costuras gruesas y hebillas de hueso. Un objeto de superficie. De alguien como ella. Al lado, una manta enrollada, una taza metálica oxidada y lo más importante: un cuaderno.

Las páginas estaban húmedas, pero aún legibles. La tinta corría en algunos pasajes, pero el nombre del autor estaba claro.

T. Makonnen — Registro de la Ruta Interior, Día 14.

Sira se sentó.

No podía saber cuánto tiempo llevaba aquel objeto allí. Pero sí sabía algo: no estaba sola en esa búsqueda. Otro humano había encontrado el camino... y había decidido quedarse, o quizás no tuvo opción.

Las páginas hablaban de una red de pasadizos conectados, de señales acústicas emitidas desde “los pilares”, y de una teoría extraña: que las estructuras, al alinearse, generaban una resonancia capaz de activar fragmentos de memoria incrustados en el subsuelo. Memoria... no como recuerdos humanos, sino como registros físicos del territorio. Vibraciones. Ondas. Ecos.

Y entonces lo encontró, escrito en una de las últimas hojas:

“Hoy escuché el zumbido. Como un canto bajo tierra. No era idioma, era intención. Como si las piedras quisieran decirme algo. Si no vuelvo, no es por miedo. Es porque me quedé escuchando.”

Sira cerró el cuaderno.

Miró a su alrededor. El lugar estaba sellado, sí, pero no muerto. El silencio aquí no era vacío, era espera. El tipo de silencio que antecede al conocimiento o a la catástrofe.

Guardó el cuaderno en su bolsa. No tocó nada más.

Volvió al corredor, selló la compuerta tras de sí y salió a la cámara de la esfera. Antes de marcharse, pasó la mano una última vez sobre el cristal.

Esta vez, al contacto, la luz volvió.

Una pulsación leve. Luego otra.

Después... una palabra.

No en voz. No escrita.

Solo una impresión, un concepto nítido que se formó dentro de ella, sin idioma. Una palabra sin sonido.

"Escucha."

Donde mueren las sombras

La salida fue más difícil de lo esperado. No porque la duna se resistiera, sino porque algo en ella parecía retener el alma.

Sira ascendió los túneles de piedra como quien sube por dentro de una montaña dormida. Cada paso hacia la luz traía consigo un susurro del cuaderno de Makonnen, un eco de la palabra que la esfera había dejado plantada en su mente como una semilla: *escucha*.

Cuando emergió al exterior, el sol ya se alzaba oblicuo. La arena que rodeaba la duna ardía como escoria de fragua, y el viento venía del norte, cargado de un polvo fino que rascaba en la garganta y ocultaba la línea del horizonte.

Sira descendió por la cara este de la duna, buscando las marcas que había hecho con piedras planas al llegar. Todavía estaban allí. Lo que significaba que, por ahora, nadie más había pasado.

Se detuvo unos minutos bajo una formación de roca baja, para ajustar su equipo y beber del odre. El agua estaba caliente, pero era agua. Enrolló la manta de viaje, revisó los ganchos, el cuchillo de filo curvo, y el cuaderno de Makonnen, que ahora protegía dentro de una bolsa impermeable improvisada con la funda de un viejo botiquín.

El siguiente tramo era más difícil.

Desde lo alto de la duna había divisado, días atrás, un accidente del terreno: colinas de piedra negra que parecían haber sido mordidas por una bestia enorme. Un laberinto de cañones secos y paredes de esquisto cortante. Si quería llegar a la Meseta de los Pilares, tenía que cruzarlo.

Avanzó con pasos calculados. El calor le hacía sentir que caminaba dentro de un horno. No había sombra, salvo en las rendijas donde se acumulaban lagartos dormidos y polvo fósil. Cada media hora, se detenía, abría el mapa mental que llevaba en la cabeza, y comparaba el paisaje con sus referencias.

A la mitad del día encontró un cadáver de animal.

Parecía un tipo de antílope pequeño, seco como cuero al sol. No tenía señales de lucha ni marcas de depredadores. Simplemente había caído. Quizá deshidratación. Quizá miedo. Sira lo observó unos minutos. Le arrancó una pieza del cuerno para su colección de útiles, luego siguió.

La tarde trajo un cambio.

El viento giró. Una corriente más húmeda se colaba por entre las piedras y arrastraba consigo el olor del norte: piedra mojada, vegetación castigada, musgo. Y con él, la promesa del fin de la aridez.

Cuando cayó la noche, Sira encontró un refugio natural.

Era una grieta en una pared rocosa, amplia y en sombra. Lo bastante profunda como para ocultarla, pero no tan angosta como para hacerla sentir atrapada. Preparó el campamento con movimientos lentos, casi rituales. Encendió una pequeña llama usando yesca seca y trozos de tela embebida en sebo. Sobre una piedra plana, cocinó los restos del pez que aún le quedaban, conservado con sal. Masticó en silencio, escuchando.

Escucha.

El eco de la palabra volvía cada vez que cerraba los ojos.

Esa noche no hubo sueños. Solo una imagen que flotaba en su mente: una vasta planicie blanca, salpicada de pilares que brillaban con una luz azulada, como si la piedra misma respirara.

La Meseta.

Al día siguiente, el terreno cambió.

La piedra se volvió más clara. Aparecieron líquenes en las grietas. Huellas. De animales. De alguien más, quizás. Huellas borradas por el viento, lo justo para que la duda permaneciera. Pero ya estaba cerca. Sentía la atracción del lugar como una presión suave en el pecho.

Por la tarde, divisó algo.

A lo lejos, sobre una colina baja, se alzaba una silueta vertical. No natural. No árbol. Una figura solitaria... como un monolito o

una antena. No se movía. No emitía sonido. Pero Sira supo que era una señal. Una frontera.

Estaba entrando en territorio nuevo.

Y aunque aún no lo sabía, allí comenzaría la siguiente fase de su viaje.

Erik el rojo

Documento creado por: www.erikelrojo.com